



## ***Preserving the World's Great Cities***

Anthony Max Tung

Nueva York, Three Rivers Press, 2001 (1a. ed. en tela

Nueva York, Clarkson & Potter, 2001)

por

PETER KRIEGER

Sin duda, Tony Tung es uno de los mejores conocedores y defensores de la herencia arquitectónica de Nueva York. Fungió nueve años, entre 1979 y 1988, como dictaminador en la Comisión de Monumentos Históricos de su ciudad (The New York City Landmarks Preservation Commission), donde recibió profundas y duras lecciones sobre la lucha por preservar los valores arquitectónicos y urbanísticos, frente a una aplastante especulación inmobiliaria en sinergia con una modernización urbanística unidimensional. Éstas fueron experiencias determinantes que además sembraron en la mente del autor la inquietud por acercarse a esa misma problemática en el contexto internacional.

Gracias a un contrato generoso de su casa editorial, Tung realizó en 1995 una serie de viajes que lo llevaron (en orden de aparición en el libro) a Roma, Varsovia, El Cairo, Mos-

cú, Pekín, Singapur, Amsterdam, Viena, Atenas, Londres, París, Venecia, Kyoto, Berlín, México, Charleston y Jerusalem. Casi todas las ciudades seleccionadas comprobaron los alarmantes datos sobre la precaria preservación del patrimonio de la humanidad: a lo largo del siglo xx, guerras, modernizaciones y una creciente contaminación ambiental han causado la destrucción de un cincuenta por ciento de los objetos arquitectónicos y urbanísticos con valor histórico-estético. No sorprende que el autor califique el siglo pasado por su *culture of destruction* (p. 1).

Tung presentó un primer resumen de sus investigaciones en el coloquio internacional "Megalópolis: la modernización de la ciudad de México en el siglo xx" (UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, en prensa); ahora los lectores tienen a su disposición la magna obra de 470 páginas, llena de informaciones e interpretaciones tan interesantes como incriminantes. Porque el autor menciona a los autores de la destrucción del patrimonio, las diferentes sociedades urbanas, sus políticas, sus presiones económicas, sus condiciones sociales y sus valores culturales. Tung parte de la idea de que la forma física del paisaje urbano articula los valores sociales de sus habitantes (p. 275, explicado en el ejemplo de Londres y París) y, en consecuencia, la cuestión de la preservación del patrimonio arquitectónico rebasa los círculos de expertos en la materia y cobra impor-

tancia como tema y problema de todas las culturas del mundo y su memoria.

Cada uno de los análisis de Tung proporciona datos históricos sobre la ciudad escogida y sus procesos de urbanización; elabora además una arqueología de la modernización y una historia breve de las tecnologías constructivas, y también perfila las dimensiones políticas, jurídicas, económicas, sociales, ecológicas, religiosas y estéticas de las culturas urbanas y su destrucción.

Un hilo conductor en la reconstrucción historiográfica de la urbanización es la escenografía —“visual urban effects” (p. 43)— y su descomposición. Mientras ciudades como Atenas y El Cairo se desfiguraron de manera extrema durante el siglo xx, marginando aquellos monumentos declarados patrimonio de la humanidad como islas de la alta cultura en un mar de fealdad urbana, otras ciudades como Amsterdam y Viena lograron mantener cierto equilibrio social y constructivo. En el caso de Amsterdam sorprende la larga tradición del espíritu cívico de arreglar la convivencia urbana con parámetros sociales y con límites constructivos, los cuales incluso los habitantes ricos aceptan. Para los lectores actuales, acostumbrados a las no-políticas urbanas, guiados por la omnipresente ideología neoliberal, es refrescante leer la historia de la vivienda social en la “Viena roja” durante los años veinte del siglo xx, cuando la administración municipal gastó hasta un treinta por ciento de su presupuesto en la construcción de bloques de vivienda con alta calidad funcional y estética. Además, las cuatrocientas unidades habitacionales construidas durante la administración socialdemócrata de Viena se integraron en el tejido tradicional de la ciudad de palacios y casas de alquiler. Tung relata esta historia social de la vivienda con mucho espíritu, y lo

contrasta con la miseria de las favelas del mundo que —tristemente— en la actualidad albergan a una cuarta parte de la población mundial.

Otros ejemplos de la historia urbana demuestran cómo fallaron los programas de una modernización unidimensional y brutal para resolver la cuestión social. Los arquitectos de la vanguardia como Le Corbusier, autotombrados ingenieros sociales, pensaban resolver los problemas de la ciudad con una estricta separación de las funciones y una imposición de megaestructuras viales. Con toda razón, el autor caracteriza a utopías funcionalistas tipo “Plan Voisin” —cuyo resplandor fatal aún es visible en la anacrónica construcción de segundos pisos viales en la ciudad de México— como actos de violencia cultural y estética (p. 301).

En contraste con la unidimensionalidad constructiva de la arquitectura moderna, que se fijó en los fetiches concreto armado, acero y vidrio, se mantiene la vigencia de la gran herencia de las técnicas inteligentes del pasado. Los famosos restauradores polacos, tanto como los expertos del rescate de Venecia, estudiaron cuidadosamente los principios estéticos y estáticos de la arquitectura histórica, y de esta manera no sólo garantizaron la perdurabilidad de la herencia cultural, sino también ofrecieron alternativas para las construcciones en la actualidad. Incluso, como demuestra el caso de la preservación de la ciudad imperial japonesa de Kyoto, se rescatan los edificios históricos con el uso de tecnologías y diseños tradicionales, pero con elementos contemporáneos.

Estas técnicas de reconstrucción arquitectónica cobran una especial importancia política en la reconfiguración de ciudades en la posguerra. Para los habitantes de Varsovia, la reconstrucción de los edificios que fue-

ron destruidos sistemáticamente por los nazis durante la última fase de la Segunda Guerra Mundial se convirtió en un asunto central para restablecer la identidad nacional; y, por eso, la reconstrucción de la herencia cultural, específicamente de la arquitectura, ganó un alto reconocimiento por parte del Estado, y los apoyos presupuestales correspondientes.

También se preservan los documentos de la historia atroz e inhumana, como los sótanos de tortura de la SS en Berlín, donde una “topografía del terror” mantiene viva la memoria del fascismo alemán para que esto nunca se repita. O, en *downtown* Manhattan, el cementerio de los esclavos africanos, por siglos sellado con edificios colocados encima, se rescató como sitio conmemorativo —gracias al compromiso incorruptible del mismo Tony Tung— pese a que ese terreno tiene un alto valor inmobiliario. Una innegable dimensión política también reviste el caso del Templo Mayor en la ciudad de México, que el autor explica como un rescate arqueológico en servicio de una redefinición de la identidad nacional.

Sin embargo, no siempre hay voluntad estatal de preservar y/o reconstruir el patrimonio nacional. El valor y sentido de las diferentes legislaciones, cuyos orígenes se remontan hasta el Imperio Romano, muchas veces se pierden en los trámites burocráticos. A pesar de la legislación impresionante para preservar el patrimonio en Roma, su sustancia histórica está perforada por un sinnúmero de construcciones ilegales que alteran notoriamente esta ciudad monumental y eterna. Peor el caso de El Cairo, donde un aparato administrativo inflado, inefectivo y corrupto acelera el decaimiento de la magnífica herencia cultural.

Otro gran obstáculo para la preservación de la arquitectura histórica es la condición

económica de un país y de una ciudad. En ambientes urbanos de pobreza, donde crecen los *slums* como un cáncer en el cuerpo social, la preservación de valores histórico-estéticos no aterriza porque estos habitantes, ocupados intensamente en la sobrevivencia cotidiana, no se permiten el lujo de reflexionar sobre sus orígenes culturales ni tienen contacto con expertos que les expliquen la importancia del patrimonio construido. Así, muchos edificios en los centros históricos de las ciudades caen en el olvido y sólo se presentan al público urbano como espacios degenerados, cuyo rescate y mantenimiento no vale la pena.

Tung claramente expresa el axioma de que la preservación arquitectónica requiere cierta estabilidad y equilibrio social. Pero también en sociedades y ciudades ricas es difícil preservar el patrimonio. Fenómenos socio-espaciales como la especulación inmobiliaria descontrolada, la *gentrification* y su radicalización urbanística en forma de las *gated communities* (comunidades blindadas) cuestionan la presencia de arquitecturas históricas. Frente al deseo de ganar dinero con la especulación o de crear zonas del hábitat exclusivo, como demuestra el caso de Nueva York, el valor comunitario de la herencia histórica parece prescindible. No obstante, como Tung explica en su análisis de Londres, aun la especulación puede generar contribuciones sustanciales a la cultura urbana: hasta hoy, los conjuntos lujosos del siglo XVIII en Londres, como Regent's Street, destacan como modelos integrativos del desarrollo comercial de las ciudades; ya son patrimonio nacional y además contienen un potencial activable en la actualidad.

Otra categoría de análisis es el efecto del turismo. Por un lado, la importancia económica del turismo fomenta la preservación

del patrimonio. Éste es el caso de Singapur, ciudad hipermodernizada y globalizada donde los preservacionistas lograron frenar la destrucción de la memoria arquitectónica sólo con el argumento de que los turistas internacionales no quieren visitar una ciudad sin atributos, sino una ciudad con identidad histórica y diversidad estética. Y aunque los logros preservacionistas son modestos, frente a la aplastante neutralización del espacio urbano, descrito drásticamente por Rem Koolhaas (una fuente que Tung desafortunadamente no aprovecha), destaca el resultado de preservar algunas zonas históricas, lo que permite a Singapur distinguirse de ciudades completamente neutralizadas por estándares globalizadores como Atlanta o Houston.

Por otro lado, el turismo masivo es capaz de aniquilar toda una cultura urbana, como lo demuestra el caso de Venecia, donde la expansión de hoteles y la consecuente explosión de los precios para inmuebles expulsa a los habitantes antiguos hacia los suburbios industriales.

Venecia también ejemplifica la dimensión ecológica en la argumentación de Tung. Para entender con profundidad el valor cultural de una ciudad y sus edificios hay que investigar también su ecosistema. Las fundaciones de las casas venecianas fueron una tecnología inteligente, vigente hasta la contaminación brutal del ambiente acuático por la industria de Mestre y la introducción de grandes barcos de vapor en la laguna. No tiene sentido preservar la fachada de un palacio antiguo si su estructura interna está dañada y se hunde. El conocimiento básico de una ciudad como ecosistema es fundamental para el rescate de la herencia arquitectónica; además es un tema de las investigaciones estéticas e históricas. La grandeza de Roma antigua no sólo se mide por sus templos y ar-

cos antiguos, sino también por su capacidad de abasto de agua y la canalización de las aguas negras; los acueductos y la *cloaca maxima* también son altos valores dignos de preservación.

Es obvio que esta conexión de la historia cultural y la ecología de las ciudades causa inquietud entre muchos funcionarios municipales en el mundo, porque provoca un compromiso más profundo —y más costoso— de la preservación arquitectónica como rescate ambiental. Desafortunadamente, como lo demuestran El Cairo y Atenas, es frecuente el abuso del gran monumento cultural —las pirámides, la Acrópolis— para disimular el ecocidio cotidiano de estas caóticas aglomeraciones urbanas.

Que la calidad estética de una ciudad necesariamente forma parte del concepto de ecología lo ilustra en *ex negativo* el caso de Kyoto, donde la fuerte industrialización y la ilimitada especulación de bienes raíces arruinaron una estética minimalista, sublime y equilibrada de casas y templos tradicionales, lo que Tung denuncia como “clash of cultural, social, economic, and environmental values” (p. 372). La lectura de este capítulo sobre Kyoto entristece, porque los fenómenos mencionados, la contaminación visual que estrangula los restos de la herencia arquitectónica, que sólo sobrevive como artefacto turístico, es muy conocida en otras partes del mundo, incluidas las ciudades latinoamericanas.

Finalmente, el autor incluye en sus estudios de ciudades la dimensión religiosa como un factor importante para las estrategias de preservación. Mientras muchas ciudades en el Medio Oriente sufren conflictos destructivos de las religiones musulmanas, judías y cristianas y sus correspondientes costumbres e ideologías culturales —en concreto, en el

caso de Jerusalem—, otras capitales, como Amsterdam, verifican a lo largo de su historia el efecto positivo de la tolerancia, donde la convivencia establecida entre protestantes, católicos y judíos fortaleció el espíritu comunitario, favorable para el desarrollo económico.

De las múltiples propuestas que surgen de la lectura del libro *Preserving the World's Great Cities*, ésta sería una: que la preservación de la herencia urbana del pasado sirve para reflexionar sobre los modelos sustentables de la convivencia humana. Para integrar la preservación en los procesos democráticos es necesario estimular la participación de los habitantes en el rescate de sus propias culturas. Sin proyecto social, el esfuerzo de la preservación se aborta en las zonas exclusivas de los ricos. Produce cierta esperanza la idea de combinar los fines culturales de la preservación con la lucha contra la miseria social, por ejemplo con proyectos de capacitación a albañiles en técnicas tradicionales de la construcción, que ayuden al rescate de monumentos y disminuyan la dependencia de muchos países de la importación de materiales industriales desde Estados Unidos y otras naciones del llamado primer mundo.

En suma, es un libro informativo y comprometido, altamente recomendable para un amplio círculo de lectores. Sin embargo, los expertos en la materia encuentran algunos déficit en esta publicación. Por su carácter comercial, el autor tuvo que renunciar a la inclusión de notas a pie de página. Aunque esta falta la compensa un aparato bibliográfico, este mismo sólo contiene títulos en inglés; de esta manera queda excluida la amplia y profunda investigación urbana de cada uno de los países mencionados. Desafortunadamente, esta restricción es característica del mercado de ideas en Estados

Unidos, donde centros editoriales como Nueva York pretenden definir y globalizar los estándares del pensamiento.

Esta tendencia implícitamente se articula también en la explicación de conceptos políticos. Con la crítica emocional —y no académica— del sistema comunista (p. 92), el autor hace un guiño a la capacidad comprensiva y estereotipada de los lectores estadounidenses, y, según esta lógica, glorifica la democracia supuestamente lograda en el propio país. Con una mirada distante, surgen dudas acerca de si el desarrollo de Nueva York es en efecto un *showcase of American democracy* (p. 346) o nada más una simulación, como lo demostraron los debates recientes sobre la reconstrucción del World Trade Center: sin tomar en cuenta los amplios y plurales foros de debate con los habitantes de Lower Manhattan, que cuestionaron la re-erección de un rascacielos en este terreno por diferentes razones, el inversionista tomó la decisión autocrática de reconstruir la misma cantidad de espacio para oficinas, y pretendió callar a la opinión pública, democrática, con un nuevo récord mundial de altura del nuevo WTC —cabe mencionar que el libro ya estaba publicado cuando ocurrió la catástrofe del 11 de septiembre; y, posiblemente, Tung tematizará este proceso de reconfiguración urbana en uno de sus próximos textos.

La construcción del antiguo World Trade Center, así como de un sinnúmero de rascacielos similares, cubiertos de vidrio y aluminio durante los años sesenta y setenta en todas las grandes ciudades del mundo, ha provocado una profunda crítica cultural a la arquitectura moderna, lo que al mismo tiempo impulsó el movimiento preservacionista. Tung repite los tópicos centrales de esta crítica, en primer lugar el efecto desinte-

grador de urbanismos modernos. No obstante, aquella crítica razonada a veces se refugia en evaluaciones y criterios no fundamentados, tal como la simple división de los fenómenos visuales en “bello” y “feo”. Desafortunadamente, Tung, en varias partes del libro, también cae en la trampa de asegurar su argumentación con un presunto gusto común, calificando un conjunto urbano histórico como *beautiful* o glorificando *the beauty* de un edificio histórico frente a la fealdad de las arquitecturas modernas y contemporáneas (por ejemplo, véanse pp. 21 y 306). Toda una extensa investigación estética ha comprobado que la definición de lo bello en las artes y la arquitectura es una categoría relativa, con cierta caducidad determinada por las modas e ideologías.

Además, esta percepción del ambiente arquitectónico, limitada por una óptica populista, obstaculiza la evaluación de la arquitectura de los años cincuenta (siglo xx), un tema que cobró enorme importancia en la teoría y práctica de la preservación durante las últimas dos décadas a nivel internacional. En Inglaterra, por ejemplo, Andrew Saint luchó en sus escritos contra el desprecio populista del príncipe Carlos por toda la arquitectura de posguerra;<sup>1</sup> en México, todavía queda pendiente un inventario sistemático de la arquitectura de la segunda mitad del siglo xx para definir sus valores estéticos y los ejemplos representativos, dignos de ser preservados.

Sin duda, el rescate de la arquitectura moderna no es muy popular, y además se

enfrenta con el problema de que las superficies pulidas de vidrio y metales no envejecen con dignidad; la pátina sobre un *curtain wall* arruina su integridad estética, mientras un muro de piedra gana un atractivo visual “romántico” durante su lento proceso de descomposición a lo largo de los siglos. En este contexto también hay que mencionar el malentendido del autor —y de muchos otros más— del término y concepto “orgánico” (p. 102). Frecuentemente en las publicaciones sobre la historia urbana se contraponen el diseño “orgánico” al diseño racionalista, modernista o mecanizado. Empero, según el origen conceptual en la filosofía aristotélica, lo “orgánico” se refiere más a la productiva relación de funciones y menos a la forma de los órganos. Por eso, también un diseño radical modernista, en estructuras rectangulares, puede alcanzar la calidad de lo orgánico.

Para definir la estética y función de las estructuras urbanas tratadas, el lector dispone de una muy instructiva serie de planos que permiten comparar soluciones urbanísticas de la misma escala. Por medio de la comparación surgen diagnósticos sorprendentes de los ejes centrales de Pekín, París y el *grid* de Nueva York. Aquí, la teoría de *Collage City* (elaborado por Colin Rowe y Fred Koetter) hubiera enriquecido la argumentación de Tung. Pero aun sin considerar la gran diversidad teórica de los estudios urbanos, el libro *Preserving the World's Great Cities*, con su concepto pragmático y su buena narración historiográfica, es en extremo útil para todos los interesados en la memoria construida del mundo y su rescate.

Para el público mexicano, el libro ofrece un fondo valioso de informaciones e introspecciones en la materia, aunque el subcapítulo mismo sobre la ciudad de México no contiene nuevos aspectos de la investigación.

<sup>1</sup> Andrew Saint, *A Change of Heart. English Architecture Since the War. A Policy for Protection*, Londres, Royal Commission on the Historical Monuments of England-English Heritage, 1992.

Estimulante para revisar la ciudad de México de acuerdo con parámetros de la preservación patrimonial es el acercamiento empírico al objeto de estudio y las diferentes contextualizaciones culturales, sociales y ecológicas de la arquitectura histórica. Tung advierte —y esto también es un aviso claro para México— que la sustancia histórica de edificios y estructuras urbanas con valor mnemotécnico es un recurso limitado. Hasta que la cultura de *Disneyland* tome el control total sobre la ciudad de México, cada pérdida de una casa con valor estético e histórico es irreparable.

Además, a lo largo del libro, conociendo las ciudades escogidas, se expresa con claridad la dimensión ecológica de la preservación; así, una extensión vertical de carreteras urbanas no sólo aumenta la contaminación del aire, sino también destruye los espacios socioculturales de la ciudad. Mucha atención merecen estos casos analizados, donde los urbanistas, en colaboración con los preservacionistas, lograron restablecer una cultura del peatón en escenografías aptas para la percepción contemplativa de la herencia construida en el pasado.

La preservación del patrimonio de la ciudad, nación y humanidad no es un acto cosmético, superficial, sino un concepto integral donde se exige la confluencia productiva de las capacidades diversas de una sociedad en favor de su sustentabilidad, fundada en la memoria y desarrollada hacia un futuro en contextos urbanos viables. *Last but not least*: no sólo el libro estimula a todos los ciudadanos del mundo interesados en el rescate de sus culturas, sino la biografía misma del autor: su compromiso extraordinario con la preservación, su manejo de conocimientos arquitectónicos, urbanísticos, históricos, jurídicos y su presencia en los discursos

públicos lo perfilan como modelo del ciudadano ilustrado que piensa globalmente y actúa en lo local en contra de la deshistorización y estandarización globalizadora de las actuales estéticas urbanas.



***Artsapes. El arte como  
aproximación al paisaje  
contemporáneo***

Luca Galofaro

Barcelona, Gustavo Gili, 2003 (Land & Scape Series)

por

EMILIO CANEK FERNÁNDEZ H.

Reiteradamente, el ser humano se plantea de forma romántica el volver a los orígenes como elemento conciliador de su memoria selectiva; canales de televisión dedicados a desvelar la vida animal, protectores de pantalla (*screen savers*) que cubren la tecnología última con un velo de naturaleza y vida salvaje, elementos que se descubren como una decidida desconfianza en la tecnología que hace guiños a nuestra condición previa, volver a la naturaleza.

Estos devaneos se hacen presentes en una serie de libros de la editorial Gustavo Gili que, enmarcados bajo la colección "Land & Scape Series", pretenden abrir el estudio del paisaje como elemento virgen o transformado por el hombre desde distintas miradas.

*Walkscapes* y *Waterscapes* son los títulos previos al más reciente de la serie llamado *Artsapes*, texto que propone Luca Galofaro (Roma, 1965) como una nueva forma de entender el paisaje contemporáneo y que, a través de distintos ejemplos, allana una lectura más abierta de lo que implican las prácticas arquitectónica y artística últimas. Esta nueva forma de aproximarse a dichas prácticas refresca de alguna manera la creciente especialización en ámbitos necesariamente vinculados entre sí y que, dirigidos a un público no especializado, permite abrir cauces de interpretación que amplían aún más su ámbito de intervención.

Como una forma de ampliar su cartera de clientes, es común encontrar libros escritos por reconocidos arquitectos, profusamente ilustrados por obras que, más allá de entrar al terreno de la investigación y el análisis, se limitan a promoverse con textos cuestionables por su calidad y propósitos. En este caso se rompe esta actitud pretenciosa apelando a la honestidad intelectual de un autor que busca exponer un tema sin ceder a la tentación de hacer publicidad de su estudio de arquitectura IAN +, que, entre otras cosas, desarrolla de forma interdisciplinaria su acercamiento a la arquitectura y sus teorías.

Luca Galofaro cambia este nuevo rostro del mundo desdibujando los límites entre arquitectura y paisaje, teniendo al arte como gran mediador en la reterritorialización del espacio; en su concepción y trato.

Esta disolución de fronteras surge como respuesta a lo que las tendencias actuales de la arquitectura exhiben en su práctica; algunas veces tomada sólo como discurso mediático, esta situación se hace cada vez más patente en los procesos de producción arquitectónica que precisan el tener colaboraciones más abiertas que las que definieron

nuestras ciudades en los últimos tiempos. Ese volver a la naturaleza y al arte que propone el autor surge como condición paradójica en nuestros tiempos si atendemos a las cifras que nos hablan de una irreversible migración a las ciudades, siendo éstas el punto último de la expresión especulativa a través del mercado inmobiliario constantemente enfrentado con las expresiones sociales autónomas que ejercen su derecho a la vivienda prescindiendo de la mano del arquitecto.

En su estructura, el libro propone seis diferentes capítulos que pueden abordarse de forma independiente por carecer de una estructura rígida en los temas tratados; incluso contiene, a manera de libro-juego, un instructivo llamado guía del usuario que permite entender el propósito del libro en su formato y contenidos.

En su primera parte, el autor nos acerca a las condiciones de lectura del espacio desde la arquitectura, el paisaje y el arte, a través de obras que marcan un cambio en sus procesos de concepción; vemos las hibridaciones de Gordon Matta-Clark, Robert Morris, Rem Koolhaas, Decosterd & Rahm o Diller + Scofidio, quienes abren desde su obra nuevos cauces de interpretación para el hecho arquitectónico y artístico en general. Confrontado poco a poco con otras obras y autores diversos, se va entretejiendo el discurso que fluye entre el territorio, los objetos y sus múltiples lecturas. Vemos desde procesos químicos y biológicos relativas a un pabellón de deportes hasta el proceso de transformación de un espacio alterado por las planchas curvas de acero de Richard Serra en Nueva York, para llegar en los capítulos cinco (paisajes en transformación) y seis (programar las superficies de la tierra en el paisaje contemporáneo) a planteamientos de orden general que resumen, en la obra de



FOA, MVRDV, West 8 o Peter Eisenman, una conclusión de los últimos procesos de conquista del espacio y, en mayor medida, del espacio abierto, ya que las obras se presentan como objetos aislados en el territorio y nunca en relación o en diálogo (con excepción de los proyectos no construidos de Koolhaas) con un entorno construido.

Se antojaría, pues, encontrar ejemplos urbanos como los desarrollados por Herzog & De Meuron o Ábalos & Herreros, notables ausencias del *mainstream* arquitectónico en un libro pretendidamente global como éste que sólo mira en Occidente sus apoyos teóricos y visuales, olvidando que también hay producción similar más allá del Trópico de Cáncer.

Sí bien es un libro equilibrado en imágenes y textos, somete las primeras al formato de la serie haciendo perder el interés en los proyectos presentados en blanco y negro (en paisajes abiertos e intervenciones paisajísticas), sin la debida importancia que merecen como parte del discurso argumentativo. Sí, en cambio, se apoya en autores diversos para presidir cada ensayo a manera de guiño lanzado a otros campos que desde sus miradas definen la posición del hombre ante el paisaje, el arte o la arquitectura; autores como Walt Withman, Edward Bru o Paul Virilio encabezan la lista de escritores que refuerzan el recorrido de nuestra lectura en diversos epígrafes que legitiman el discurso propuesto.

Este mestizaje disciplinario del que da cuenta Galofaro supone una ruta que ya hemos visto en otros sentidos. Redefinición de conceptos, naturalización de lo ostentosamente artificial a manera de jardines globales nunca vistos; nuevas tipologías, nuevos materiales, nuevos discursos que reiteran una y otra vez la necesidad de renombrar las

cosas; en palabras del autor, "*Artscape* se convierte en una forma híbrida inventada a partir de un diálogo interpuesto entre aproximaciones diversas. Se trata más de un método que de una materia" (p. 162). Método que redefine la naturaleza y que apunta a que la única naturaleza real que miremos sea la de las pantallas. Una naturaleza artificial.



***Aprendiendo de Insurgentes.  
Contextos de la arquitectura  
(CD-ROM)***

Peter Krieger (ed.), colaboraron: Georgina Ariza, Adriana Quiroga, Hernán Guerrero y Vania Hennings

México, UNAM-Facultad de Arquitectura, 2003

por

ERIKA ENCISO SOSA

Con un título que hace franca alusión al estudio que realizaron a finales de la década de los sesenta Denise Scott Brown, Robert Venturi y Steven Izenour, con estudiantes de la Yale School of Art and Architecture, y que dio origen años más tarde a la controvertida y próspera publicación *Aprendiendo de Las Vegas. El simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*, Peter Krieger presentó en 2003 la publicación digital (en formato de CD-ROM) *Aprendiendo de Insurgentes. Contextos de la arquitectura*, una investigación urbana desarrollada con estudiantes de la maestría en arquitectura de la UNAM, cuya preocupa-

ción central sigue siendo, por un lado, la transformación de los modelos tradicionales de los estudios urbanos y, por el otro, abonar al entendimiento de la compleja contextualidad urbana en las megaurbes, con la polivalencia de sus estéticas, espacialidades y significados multiculturales.

Precisando, *Aprendiendo de Insurgentes* es el resultado de una investigación que versa sobre la complejidad del contexto urbano arquitectónico de la ciudad de México, tomando como caso de estudio un pequeño fragmento de la comercializada Avenida de los Insurgentes Sur, que va desde la Av. La Paz hasta la Torre de Rectoría y el Estadio Olímpico de Ciudad Universitaria. Dicha investigación fue desarrollada durante tres semestres en el seminario titulado Contextos de la arquitectura, inscrito en el programa de la maestría de diseño arquitectónico de la Facultad de Arquitectura de la UNAM, auspiciando que nueve estudiantes, de distintas nacionalidades, todos arquitectos, bajo la dirección de un historiador de arte especializado en historia y teoría de la arquitectura del siglo xx, generaran el perfil interdisciplinario de esta propuesta académica que, aun cuando toma como referencia directa el estudio de Venturi-Scott Brown-Izenour, y la influencia anunciada del texto de *Collage City* (Collin Rowe y Fred Koetter) de mediados de los setenta, es capaz de ofrecer una aportación contemporánea significativa; cierto que lo hace con resultados mucho más modestos y limitados, pero que promueven actitudes y acciones para propiciar una alternativa a la práctica (francamente rezagada) de la investigación urbano-arquitectónica que se desarrolla en México.

Cabría preguntarse sobre la pertinencia de un estudio cuya base teórica se remonta a más de 30 años atrás, y el porqué de una tesis

que resulta aún hoy estimulante. Por ejemplo: el trabajo con estudiantes en los espacios académicos libres de las universidades públicas, la preocupación por generar “nuevos” caminos que superen los esquemas bidimensionales que estancan a los estudios y planificaciones urbanas; la búsqueda de representaciones gráficas más efectivas para el análisis, la intención de aprender del contexto urbano existente sin juicios *a priori*; el estudio descriptivo y minucioso de la imagen (concebida como técnica virtual de manipulación); la experiencia empírica directa del objeto de estudio, cuya complejidad se toma como paradigma del desarrollo contextual; la creación de nuevas categorías de estudio que permitan una pluralidad de acercamientos interdisciplinarios y multifocales, para descubrir aspectos olvidados, desconocidos y sorprendentes de la urbe. Éstos son algunos de los aspectos que se recuperan y refuerzan en *Aprendiendo de Insurgentes*, y que, por fortuna, basados en estrategias y categorías de análisis propias, lo alejan de la burda copia.

Así, con un esquema definido en nueve categorías de análisis, a saber: 1) Estructura urbana, 2) Escenografía, 3) Percepción, 4) Psicología espacial, 5) Estética, 6) Historia, 7) Sociología y Antropología, 8) Filosofía y 9) Ecología, alrededor de las cuales se desarrollan más de 18 ensayos, en *Aprendiendo de Insurgentes* es posible identificar interconexiones temáticas que flexibilizan su estructura por categorías y que dan cuenta de la complejidad de los temas abordados, de la búsqueda de las relaciones estructurales y simbólicas de la arquitectura, desde su individualidad en simbiosis con sus referencias colectivas, así como de la exploración teórica sobre los procesos de identidad, memoria colectiva, escenarios urbanos, contextualización y descontextualización urbanas.

Surgen entonces términos recurrentes como anarquía visual, ecosistema visual, fenómeno de la contextualidad urbana, equilibrio espacial, identidad espacial, secuencialidad espacial, ambiente urbano fragmentado, conflictivo y caótico, que, si bien no son del todo originales, tampoco caen en las banalidades de las metáforas transdisciplinarias (tan seductoras para muchos teóricos de la arquitectura contemporánea), que no ayudan a esclarecer los fenómenos urbanos en las megalópolis; en todo caso, los términos empleados sirven para construir el cuerpo conceptual de los ensayos, que se basan en el estudio empírico de la realidad.

Respecto a éstos, su composición general está basada en el desarrollo de amplios textos que proporcionalmente superan en mucho la documentación gráfica, no siempre bien aprovechada y con un escaso análisis específico, aspecto importante del documento, que no supera los trabajos de Venturi, Lynch, Rowe y Koolhaas, motivos de inspiración para *Aprendiendo de Insurgentes*. A pesar de contar con el recurso tecnológico de la digitalización (con un formato de CD-ROM), que potencia las capacidades expresivas de la imagen y la vinculación de terminologías entre los textos, ambos, texto e imágenes, sobre los que recaen las mayores expectativas de sus autores, no resultan tan atractivos como el concepto mismo detrás de esta investigación.

Además de ello, sus discursos están matizados por un enfoque que en todo momento enfrenta abiertamente el tema de la ética en la arquitectura (atreimiento que Venturi reconoce importante pero que rehúsa desarrollar en *Aprendiendo de Las Vegas*), lo que los lleva a correr el natural riesgo del equívoco, del cual no siempre salen bien librados; por ejemplo, se llegan a preguntar si

el arquitecto es responsable de impulsar y glorificar la disolución de la ciudad, al contribuir a transfigurar el caos como orden invisible, justificar la petrificación inmobiliaria y formular propuestas fragmentarias, alentadas por la especulación inmobiliaria, que tienen por único impulso el auto-monumento y la vanagloria en el mercado de los discursos visuales arquitectónicos; todo ello es interpretado como signo inequívoco de su falta de compromiso social y ecológico con la ciudad y con sus clientes principales, que son los ciudadanos. Si bien reconozco que parte de estas críticas son acertadas, considero el argumento incompleto y desviado, pues la arquitectura (a pesar de lo que se diga popularmente en beneficio incluso de algunos arquitectos pertenecientes a un orden selectivo que pretenden hacerse pasar por genios-creativos responsables de los grandes proyectos) no es un botín individual, ya que su origen mismo tiene raíces en una práctica productiva colectiva donde hay diferentes niveles de decisión, y cuya complejidad puede ser tal que el arquitecto quede subordinado a una participación minoritaria, en una empresa que tiene intenciones políticas, económicas, sociales y culturales, ciertamente cuestionables, pero sería aquí donde podría ubicarse la crítica social (en todas sus dimensiones) y no, directa e intrínsecamente, en la forma del objeto arquitectónico, pues la naturaleza de su crítica es otra.

Para aquellos interesados en la interdisciplina, y específicamente en las aproximaciones al campo de lo arquitectónico desde las humanidades y la crítica de arte, *Aprendiendo de Insurgentes*, paralelamente, evidencia los pros y los contras de la interdisciplina identificados en su propio contenido, donde se mezclan lo urbano, lo arquitectónico y las herramientas metodológicas de los estudios

del arte, en concreto la iconografía impulsada por Ernst Gombrich y Aby Warburg. Por un lado, se trabaja sobre la crítica hacia la formalidad de los objetos urbano-arquitectónicos y su contextualidad, mientras que por el otro se habla (y emplea) la manipulación compositiva de las imágenes. Ambos campos, experimentados y desarrollados de una manera flexible, dinámica y abierta, que hace que puedan complementarse, prestándose positivamente conceptos y técnicas para ayudar a explicarse, caen en el desacuerdo cuando, en la búsqueda de la disolución de sus límites, se comienzan a hacer juicios que confunden la función social de la arquitectura y de los objetos de arte, atribuyéndole capacidades a los objetos arquitectónicos que por sí solos no tienen.

Es así como, promoviendo un modelo abierto que comienza con la experiencia empírica del sitio y el registro visual de los elementos urbanos que se hallan en él, rompiendo con toda linealidad metodológica, donde los materiales detonantes que sirven de base para desarrollar la estructura crítica de cada caso surgen de un proceso creativo, apoyado fundamentalmente en el trabajo con la iconografía política del urbanismo y la arquitectura, esta investigación cumple con sus objetivos de estimular la apertura hacia nuevas experiencias de estudio que superen la estaticidad de los esquemas tradicionales y comprometan el trabajo académico universitario con la producción de estrategias útiles y valiosas para contribuir a la comprensión del desarrollo urbano de la ciudad de México, considerado como un paradigma. Aunque su propósito más alto, el de provocar un compromiso profundo del arquitecto con su ambiente, tenga, aún hoy en día, un futuro incierto.

Finalmente, habría que reconocer a

*Aprendiendo de Insurgentes* su decisión, compromiso y ejemplo para llevar hasta sus mejores consecuencias posibles (superando la falta de recursos institucionales) un trabajo académico que busca un futuro distinto al del archivo muerto, la anécdota superficial entre colegas y la suma de puntos curriculares.



***El malestar por la ciudad. Crítica y propuesta en torno al fenómeno urbano***

Héctor Quiroz Rothe

México, UNAM-Facultad de Arquitectura, 2003

por

PETER KRIEGER

El tema "malestar por la ciudad" cobra una innegable importancia dentro de los estudios sobre la ciudad; aún más, es un tópico provocativo para los habitantes de las megaciudades violentas y contaminadas que llevan consigo un cierto presupuesto mental del malestar cotidiano. Sin embargo, la lectura misma de las 180 páginas del libro causa un cierto malestar porque presenta un concepto anacrónico de lo que es construir una historiografía urbano-arquitectónica.

Con el tema escogido, Quiroz Rothe despliega la dimensión psicológica de la arquitectura, un conocimiento necesario para entender y fomentar la comunicación visual de la arquitectura y el metabolismo espacial

de la urbe. En su presentación, Felipe Leal, entonces director de la Facultad de Arquitectura de la UNAM, cita a uno de los autores claves del siglo pasado para la comprensión psicológica de la cultura urbana: Sigmund Freud. Su ensayo sobre el “malestar en la cultura”, publicado en 1930, hubiera brindado un hilo conductor firme a Quiroz Rothe en la interpretación del “malestar por la ciudad”. Freud explica cómo la cultura, una sublimación mental colectiva, reprime el carácter destructivo de los seres humanos. Sin embargo, la represión de las pulsiones, constata Freud, produce neurosis, y con ello, cierta hostilidad contra la cultura. A pesar de las múltiples revisiones críticas del pensamiento freudiano a lo largo de todo el siglo xx, este mecanismo psíquico todavía convence como modelo para entender el malestar con los avances de la civilización moderna.

He aquí el modelo para capturar la historia oscura de las ciudades. Es un modelo que el teórico Anthony Vidler, actual director de la muy reconocida escuela de arquitectura Cooper Union, adoptó en su ensayo sobre el malestar por la arquitectura, publicado en 1992. Sorprende que en la bibliografía acumulada por Quiroz Rothe no registre a Freud ni a la reconsideración inteligente en el campo de la arquitectura de Vidler. Tampoco se encuentran los trabajos esquemáticos de Kevin Lynch sobre la codificación mental de los espacios urbanos, aunque precisamente estas hipótesis requieren una actualización y revisión profundas. En tiempos de la hiperurbanización descontrolada, los arquitectos-urbanistas deberían dedicarse con mayor profundidad al análisis de la función mnemotécnica del elemento arquitectónico en sus contextos. Esto es una línea de investigación arquitectónica con innegable utilidad sociocultural: conocer el males-

tar colectivo por la ciudad es el primer paso para intervenir en el ecosistema urbano, y posiblemente mejorarlo.

No obstante, el autor opta por un acercamiento enciclopédico a la problemática. Reproduce, sin mucha interpretación propia, las ampliamente conocidas historiografías urbanas de Lewis Mumford, Leonardo Benevolo y Spiro Kostof, de cuyo libro *The City Shaped* toma además la mayoría de las ilustraciones. En la narración de estos libros enciclopédicos, Quiroz Rothe pierde el hilo conductor de la tesis que propuso sobre el malestar por la ciudad. No cabe duda de que las sinopsis de Mumford aún sirven a generaciones de estudiantes de arquitectura y urbanismo, pero al mismo tiempo es claro que, dada la complejidad y cantidad del saber, ya no es posible escribir obras tan generalizadas con la pretensión de crear un conocimiento canónico sobre la ciudad. Pareciera que el último refugio del saber enciclopédico son los seminarios panorámicos sobre la historia del urbanismo, aunque este tipo de enseñanza se ve sucesivamente reemplazado por accesos críticos y puntuales a la historia y cultura de las ciudades.

Muchos detalles del texto hacen visible el peligro de la generalización inoperante que caracteriza tal historiografía urbana. Lugares comunes como nombrar a la ciudad griega antigua “cuna de la democracia” (p. 15), imprecisiones como “se desarrollaron diversas corrientes críticas” (p. 32) y, peor aún, trivialidades como “se comienza a hablar de posmodernismo” (p. 17) —sin explicar *quién, dónde y por qué*— apoyan poco a la elaboración del argumento central del libro.

Tampoco refuerza la claridad analítica de este texto el uso de cierta jerga cercana a un marxismo vulgar; esto, por ejemplo, ocurre cuando el autor explica la creciente urba-

nización global ocurrida al inicio del siglo xxi como “una manifestación de la globalización del sistema capitalista a partir de su fase imperialista” (p. 52). Sin definir con precisión los contenidos actuales de las políticas globalizadoras, capitalistas o imperialistas, estas palabras son reductos anacrónicos del siglo pasado.

Gran malestar para el lector es el *name dropping* permanente. Casi en ninguna parte del libro, Quiroz Rothe se compromete con el estudio de las fuentes primarias. Menciona la importancia de Karl Marx para la crítica de la ciudad industrial (pp. 17 y 24), pero no cita ningún texto de este influyente filósofo. Menciona el texto clásico de Friedrich Engels, *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra* (p. 24), pero no lo destaca como una de las críticas del malestar urbanístico con efecto a largo plazo, vigente hasta hoy como descripción de la miseria socio-espacial de los *slums* del mundo.

Pensadores urbanos tan diversos y con posiciones políticamente contradictorias como Georg Simmel, Werner Sombart, Ferdinand Tönnies o Walter Benjamin (pp. 27-28) se encuentran registrados en un solo párrafo cada uno, de manera tan reducida como pueden ser los apuntes de alumnos en una clase de licenciatura; y desafortunadamente este tipo de enciclopedia minimalizada de la filosofía y la sociología urbana no configura una propia y actualizada interpretación del tópico “malestar por la ciudad”. Además, faltan las referencias bibliográficas de la corriente psicológica de la crítica urbana propia de Carl Gustav Jung (p. 22) y Alexander Mitscherlich (p. 26). Tampoco cita a los representantes claves de la psicología social, Alfred Lorenzer y Heide Berndt, cuyos escritos, traducidos al español desde hace muchos años, marcaron pautas en la crítica

del funcionalismo urbano-arquitectónico. En el montaje de ideas fragmentadas no se explica por qué, cuándo y dónde la periodista Jane Jacobs ganó atención mundial por su lucha contra la saneación urbana unidimensional; no conocemos los filtros ideológicos del filósofo Henri Lefebvre en la percepción urbana ni las fijaciones estructurales del arquitecto Christopher Alexander en su modelo didáctico (p. 35).

También los muy interesantes orígenes filosóficos del discurso sobre la habitabilidad de la ciudad no se muestran porque Quiroz Rothe satisface su interés en el pensamiento aristotélico con un resumen de Benevolo (pp. 75 y 89) y no con una lectura refrescante del teórico de la Grecia antigua y, de esta manera, pierde material ilustrativo sobre el malestar de la *polis* por la tiranía —un tema con mucha actualidad en un mundo dominado por un solo país.

En casi todos los casos, Quiroz Rothe no realiza el esfuerzo filológico e historiográfico de consultar los textos originales. No aprovecha su innegable riqueza intelectual, no contextualiza pensamientos urbanos —como de Le Corbusier (p. 23), entendible a través de la filosofía de Nietzsche—, ni ofrece las referencias bibliográficas correspondientes para que el lector pueda estudiar estos textos en la búsqueda del fenómeno urbano de “malestar”; sólo retoma las investigaciones de Benevolo, Choay y otros autores recientes.

Su argumentación desaprovecha muchas informaciones mencionadas a lo largo del texto. No desarrolla preguntas, dudas, críticas. No diseña sus propias pistas en la investigación urbana. Cuando, por ejemplo, trata la “Haussmanización” de París durante la segunda mitad del siglo xix (p. 97), no explica la dimensión político-militar de esa radical saneación, fomentada por las autoridades

parisinas para controlar las rebeliones de “los olvidados”. En cambio, sí convence su idea de describir el *boulevard* de París como un “gran salón a cielo abierto” (p. 99), pero precisamente aquí hubiera sido interesante desarrollar la idea de que una medida urbanística extrema virtualmente produce una actitud mental colectiva oscilando entre malestar y bienestar. La saneación de las zonas antiguas de la urbe casi siempre, como menciona el autor, mejoran la condición higiénica del hábitat, pero al mismo tiempo funcionan como saneación política —como lo han demostrado estudios puntuales sobre el urbanismo fascista en Italia y Alemania.

Otra línea desaprovechada para definir el carácter emocional de las ciudades es el caso de la reconstrucción urbana después de terremotos. Quiroz Rothe menciona el famoso caso de San Francisco (p. 101), pero no especula sobre el efecto de la reconstrucción moderna para la memoria colectiva. Aquí le hubiera ayudado consultar el modelo teórico del sociólogo Maurice Halbwachs, quien disertó sobre los efectos mentales en los habitantes de París por los drásticos cambios en la configuración de la urbe.

El principio de listar datos y hechos históricos sin integrarlos en una argumentación profunda sobre el presunto malestar por la ciudad también aparece en los apartados dedicados a la tradición socialdemócrata de Alemania y Suecia de construir unidades habitacionales para las clases bajas y media bajas. Detrás de estas “utopías construidas” (p. 134) existe una historia palpitante que el autor relata con cierta indiferencia, aunque sus tópicos centrales, como el compromiso estatal con la vivienda y el control rígido de la especulación inmobiliaria (pp. 136-138) merecen una reconsideración actualizada, especialmente en las ciudades latinoamerica-

nas. Es fácil constatar, como lo hace el autor, que las crisis económicas permanentes en América Latina causan una separación del hábitat en la “ciudad legal” y la “ciudad informal” (p. 68), pero es una tarea complicada interpretar este fenómeno conforme al tópico “malestar”. Hubiera sido interesante conocer la opinión de Quiroz Rothe sobre la creciente separación de clases sociales en “las ciudades blindadas”, como principio socioespacial que excluye islas del “bienestar” en un mar de “malestar”.

El equilibrio social por medio de la planeación urbana-arquitectónica fue uno de los puntos centrales de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM); y el autor concreta estos debates con la mención del cuarto congreso CIAM en Bridgewater, donde los arquitectos modernistas presentes pretendieron “satisfacer las necesidades emocionales y materiales del hombre” por medio de diseños funcionalistas (p. 146). Conocemos, después de décadas de investigación extensa sobre el fracaso conceptual del funcionalismo, que esta pretensión no se cumplió con la producción de vivienda estandarizada, sino que produjo un malestar cultural que fomentó sustancialmente el retorno al *kitsch* posmoderno hasta su última expresión reaccionaria, el *New Urbanism*. Sería tarea de una investigación sobre la historia urbana demostrar estas tendencias y sus efectos; sugiero no sólo citar las fórmulas ideológicas del movimiento moderno sino, sobre todo, cuestionarlas.

Esta crítica, casi ausente en el libro, por supuesto requiere profundos conocimientos de la historiografía y filosofía de la arquitectura moderna. No sirve reducir a la Bauhaus al “racionalismo funcional” (p. 133), cuando esta institución educativa, de hecho, en su primera fase se dedicó más a los experimen-

tos visuales que a la construcción funcionalista. Diferenciar las corrientes plurales del modernismo y evaluar sus expresiones estéticas, valores culturales y efectos sociales hubiera sido necesario para entender el fenómeno del “malestar” por la ciudad moderna.

El tema del “malestar” se perfila con mayor claridad en la última parte del libro, donde Quiroz Rothe explica el concepto de la ciudad no lineal como una alternativa para fomentar el “bienestar” del ciudadano por su hábitat. Frente a la ciudad lineal y comercial, separada por autopistas y segregada en enclaves sociales —prototípicamente la ciudad estadounidense—, el autor presenta la “ciudad orgánica”, con su caos organizado y su pluralidad socio-espacial. Esta propuesta alternativa para una ciudad habitable surge de la “sabiduría popular” y garantiza una “escala humana” (pp. 150-151). Ambos términos, tal como el de la ciudad “orgánica”, provocan problemas terminológicos: ¿qué diferentes factores culturales determinan la “sabiduría” de los pueblos?, ¿no es el ser humano el único ser vivo con la capacidad mental de rebasar su propia “escala”? y ¿la definición de lo “orgánico” se refiere a la filosofía práctica de Aristóteles, o sólo es una analogía morfológica?

El autor no responde a estas aclaraciones conceptuales, pero encuentra en la ciudad medieval europea un modelo del hábitat favorable (pp. 155 y ss.), con vigencia hasta hoy. Lo atractivo de este modelo es la configuración espacial, la composición estética y la organización social de la ciudad. La traza de la ciudad medieval se adapta a la topografía del lugar, su diversidad visual proporciona un “factor sorpresa” (p. 150) y sus reglas de construcción garantizan cierto compromiso colectivo de cada intervención arquitectónica en el tejido urbano (p. 157), esti-

mulando, de esta manera, los complejos procesos de la identificación espacial. Además, existió en muchas de estas ciudades, de los siglos *xii* hasta el *xv*, un alto nivel de los servicios comunitarios (p. 155), prueba infalible para medir la calidad democrática de un organismo urbano. Aun en la megaciudad actual, con problemas muy diferentes, es posible repensar algunos de los parámetros medievales de la organización comunal.

En su elogio entendible de la “belleza de los espacios colectivos” en la ciudad medieval (p. 159), el autor no olvida mencionar el lado oscuro de esa alta cultura urbana: los problemas de higiene, la violencia en los espacios no iluminados y la oligarquía como forma política que ahuecaba la organización democrática de la comunidad (p. 161). Quiroz Rothe completa este capítulo con una reflexión sobre la mirada histórica a la ciudad medieval como catalizador de un romanticismo que posteriormente sirvió a Camillo Sitte y Patrick Geddes como medio para criticar al urbanismo materialista-funcionalista (pp. 161-162).

Sin duda, este capítulo es el más estimulante, porque cumple en gran parte con las exigencias de un texto académico sobre la cultura urbana y además delinea perspectivas interesantes. Una de estas perspectivas es la idea de repensar la ciudad latinoamericana como expresión contemporánea de la ciudad no lineal (p. 163) —yo personalmente me niego a llamarla “orgánica”—, con la idea de descubrir un potencial sustentable en el caos de las colonias populares que crecen en las periferias de la zona metropolitana del Valle de México. El autor reconoce la “lógica empírica” de las autoconstrucciones (p. 168) como una fuerza creativa que aun fomenta “la recuperación del sentido comunitario” (p. 174). Es una pena que Quiroz Rothe no



se haya ahorrado los capítulos anteriores y se ocupara, en cambio, de explicar esta transferencia de un modelo histórico a la megaciudad actual con mayor profundidad y desarrollar, sobre esta base hipotética, un modelo de intervención urbana.

Esta tarea deberá realizarla el lector creativo. Él puede considerar las informaciones sobre la política, ecología y estética de la ciudad medieval como parámetros para convertir el “malestar” difuso por la ciudad actual en un “bienestar” concreto, por medio de una planeación urbana responsable y sustentable. En este sentido, el libro contribuye a un proceso necesario de concientización colectiva sobre la ciudad como instrumento de lucha por la civilidad.

Un acceso clave a la problemática urbana, según mi punto de vista, es explorar el potencial epistemológico de la imagen. El libro cuenta con una estimulante acumulación de fotografías, planos, dibujos y reproducciones de pinturas con escenas urbanas; no obstante, esta argumentación visual carece de una interpretación profunda. Es notable la falta de capacitación visual que permite entender la imagen urbana y la imagen de la urbe como fuentes históricas que rebasan el conocimiento de las fuentes escritas. Con análisis profundos del imaginario urbano se perfilarían diferentes, y tal vez más efectivas, facetas del “malestar por la ciudad”.

La imagen de la solapa, que también aparece en la página 15 como lema visual al inicio de la argumentación, muestra la pintura *Tarde en la calle Karl Johann* del pintor noruego Edward Munch. Esta composición visual no sólo compensa, sino enriquece la investigación sociológica y psicológica sobre las neurosis urbanas en el *fin de siècle*. En el cuadro, Munch enfoca, desde un ángulo terrestre y con una entrada visual directa, la

relación de los peatones con su espacio urbano. La imagen revela, de manera enfática, el anonimato de las masas en la urbe, su falta de relación emocional con sus escenografías cotidianas —todos estos fenómenos descritos por literatos como Edgar Allan Poe, sociólogos como Georg Simmel y psicólogos como Sigmund Freud. El cuadro, configurado por la arquitectura monumental, la linealidad del espacio vial y las fisionomías ansiosas de los paseantes, claramente materializa un “malestar por la ciudad”, pero su mensaje utiliza una específica construcción visual que requiere un análisis estético. La imagen no habla por sí misma.

Otro ejemplo de la argumentación visual en el libro demuestra las opciones de la historia del arte: para ilustrar su hipótesis general, el autor recurre (en la p. 20) a la vista de una ciudad industrial en la Inglaterra del siglo XIX y a una gráfica publicitaria de una imprenta de la Alemania de los años veinte del siglo XX (p. 27). En ambas ilustraciones se muestran chimeneas humeantes, pero no como crítica ecologista —como lo veríamos hoy—, sino como fórmula visual de progreso tecnológico y éxito económico. Si un autor selecciona tales imágenes para ilustrar un “malestar” por la ciudad, debe conocer la historia de un motivo visual y sus recodificaciones contradictorias; sin estos conocimientos, el potencial epistemológico de la ilustración se agota en la superficialidad.

Es problemática también, en algunos casos, la combinación de imagen y texto, otra herramienta básica para la producción de un discurso entendible y convincente. Cuando Quiroz Rothe explica el problema de la exclusión social de los jóvenes pobres en la megalópolis contemporánea, aparecen (en las pp. 49-50) una vista del Paseo de la Reforma con el Ángel de la Independencia y

una remodelación posmoderna de una plaza en un pueblo italiano, pero no un rincón degenerado de Ciudad Nezahualcóyotl.

Peor aún resulta la estrategia visual utilizada en algunos párrafos sobre la estructura e iconografía política de las ciudades históricas, en donde se coloca una fotografía de un joven que finge dormir en la plataforma panorámica de la Torre Latinamericana de México, titulada *Sueño urbano* (p. 77). En los “créditos de imágenes y fotografías” (pp. 181-182) se notifica que el autor de la fotografía es Ernesto Ramírez, pero no se registra la fecha de la fotografía pseudoartística y mucho menos su función epistemológica en este capítulo.

Para lectores capitalinos que sufren la brutalidad visual del Distribuidor Vial San Antonio en las colonias Nápoles y Nochebuena, impresiona ver la imagen aérea de “Viaductos superpuestos en una ciudad norteamericana” (p. 45), pero, más allá de comentarios superficiales sobre el efecto urbano de la “revolución digital”, el autor no aprovecha para interpretar esta imagen como una ecoestética destructiva y anacrónica de los años sesenta, que desafortunadamente celebra un *revival* en la ciudad de México al inicio del siglo XXI.

Pese a estas críticas, es recomendable consultar el libro. Creo que frente a la dominante presencia de megaacumulaciones de imágenes como *ABCD* (véase mi reseña en *Anales*, núm. 81, pp. 183-186), que aplastan visualmente la reflexión sobre la condición humana en las megaciudades, es importante promover, con una perspectiva crítica de la historia cultural, la conciencia sobre las crisis urbanas. Quiroz Rothe constata que “la calle es una especie de texto que ofrece múltiples lecturas” (p. 84) e invita a conocerlas. A pesar de los déficit mencionados, en el nivel

conceptual, historiográfico y filológico, el libro exige al lector la reflexión. Por medio de la lectura compensativa, aprovechando la creatividad cerebral de los múltiples receptores, el tópico “malestar” se convierte en catalizador para la autocrítica de los arquitectos-urbanistas y todos aquellos actores que configuran la cultura urbana. El libro inicia virtualmente un proceso de concientización que, según mi punto de vista, debería desencadenar una serie de revisiones profundas de los procesos autodestructivos que vivimos actualmente en las megaciudades del planeta. Queda pendiente profundizar el estudio *empírico* sobre el “malestar por la ciudad” para evitar el refugio cómodo en la investigación autosuficiente sobre la ciudad y la arquitectura.



***Die Informelle Moderne Spontanes Bauen in Mexiko-Stadt. Informal Modernism /Spontaneous Building in Mexico-City***

Eckhart Ribbeck y Sergio Padilla

Heidelberg, Architektur-und Wirtschaftsförderungs-Verlag / Städtebau-Institut, Universität Stuttgart, 2002

por

GABRIELA SÁNCHEZ SERRANO

En el año de 1900 la ciudad de México contaba con una población de 340 000 habitantes, mientras que actualmente sobrepasa los veinte millones y tiene una inmigración rural de aproximadamente 70 000 nuevos resi-

dentes al mes. La mayor parte de la población de esta megalópolis es de escasos recursos y se encuentra viviendo en las partes altas de los cerros que rodean el Valle, devastándolos día a día con la finalidad de hacerse de un espacio donde vivir. El resultado de tal expansión territorial se aprecia claramente en el fenómeno de la autoconstrucción, única posibilidad de vivienda para que esta gente forme parte de una de las ciudades más pobladas y contaminadas del mundo.

Aunque aparentemente el tema de la estética de las megaciudades se ha puesto de moda en nuestros días encabezado por preocupados arquitectos como Rem Koolhaas o Richard Rogers, es una realidad que la autoconstrucción no puede pasarse por alto o relegarse a un plano exclusivamente urbano, pues como ciudadanos nos afecta a todos los que participamos diariamente del movimiento infatigable de esta creciente urbe. Además, el tema de las autoconstrucciones es una contribución a la historiografía de la ciudad de México en el presente siglo, y el estudio académico de las mismas se vuelve parte importante de las investigaciones estéticas sobre la ciudad y la cultura urbana.

El tema del libro que a continuación se reseña es precisamente la autoconstrucción en la ciudad de México, caso interesante en el plano internacional ya tratado con anterioridad por diversos arquitectos y urbanistas de renombre, y que, por incluir un caso ejemplificador y concreto, puede trascender en el terreno práctico sin quedarse como mera especulación o ejemplo negativo de una ciudad en desarrollo y en peligro de volverse insostenible.

Eckhart Ribbeck, profesor de la Universidad de Stuttgart, Sergio Padilla, maestro en urbanismo por la UAM, y un equipo de colaboradores alemanes y mexicanos, apoyados

por la Fundación Alemana de Investigación (DFG), la UNAM y sus mismas universidades (las de los autores), trabajaron durante los años 1996-1999 en el análisis del fenómeno de la autoconstrucción en la ciudad de México, estudiando empíricamente cinco casos diferentes y representativos de colonias populares enclavadas en los cerros de dicha megalópolis: Jalalpa, Lomas de San Agustín, Nezahualcóyotl, Pro Hogar y Vallejo.

De este estudio surge, a principios del 2002, el libro *Die Informelle Moderne Spontanes Bauen in Mexiko-Stadt* (Modernismo informal y construcción espontánea en la ciudad de México), editado por el Städtebau-Institut (SIAAL, por sus siglas en alemán: Instituto de Urbanismo en Latinoamérica, África y Asia) de la Universidad de Stuttgart. A pesar de que actualmente el texto está escrito en alemán, cuenta con una traducción paralela —aunque abreviada— en inglés, y se prevé una próxima traducción al español.

Los autores comienzan el texto con el tema de la megaciudad como laboratorio, en el que pretenden ver a la ciudad más como un reto que como una amenaza, impresionados por la sobrepoblación, en su mayoría formada por jóvenes de enorme vitalidad y “deseos de supervivencia”.

Evidentemente, en la planeación y construcción de estas colonias no colaboran arquitectos ni urbanistas; sin embargo, los autores parecen aprobar esta carencia a partir de la hipótesis de que la autoconstrucción masiva (práctica que lleva décadas de desarrollo) demuestra que aún en las megaciudades la tradición vernácula de construir para uno mismo no sólo no ha desaparecido sino que está cobrando fuerza al experimentar un renacimiento.

De acuerdo con los autores, la autoconstrucción no debe ser vista como una tradi-

ción que haya de preservarse nostálgicamente, sino como un intento de supervivencia de las masas urbanas que, con gran determinación y en pobres circunstancias, conquistan una pequeña parte de la ciudad y de su vida moderna. Probablemente en esta parte, los autores tratan del tema de la “modernidad” como algo de lo que se vive en el momento en que se vive, como lo actual, como un signo de pertenencia al resto de la ciudad y del que todos quieren formar parte. La modernidad es, sin embargo, un término difícil, pues para varios autores ésta comienza con Descartes o incluso antes, y se considera moderno todo aquel que vive una vida de paradojas y contradicciones; ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo, y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos.<sup>1</sup> Esta definición puede aplicarse a todos los tiempos, por lo que, en el contexto particular del libro en cuestión, sería mejor hablar de una integración de estas zonas al resto de la ciudad, por el deseo de sentirse parte de ella y de su tiempo.

Antes de pasar al segundo capítulo, en el que se esboza de manera muy general la historia de la ciudad de México dirigida a un público extranjero, se plantean algunas interrogantes que cuestionan si el desarrollo de las megaciudades se ve acaso interrumpido o hasta deteriorado debido a este proceso de autoconstrucción que se aprecia en las colonias populares<sup>2</sup> que crecen en las periferias de la zona metropolitana del Valle de Méxi-

co y que se va volviendo dominante, o si es más bien un fenómeno cíclico que genera áreas problemáticas. Los autores aceptan que ambas situaciones pueden estar ocurriendo; por un lado, la gente se ve obligada a la autoconstrucción, pero a su vez esto implica un tremendo potencial que las autoridades no parecen ver.

Ribbeck y Padilla quieren enfatizar que el punto importante de su texto no es de aspecto político, social o económico, sino exclusivamente de giro urbanístico-arquitectónico, como un intento de presentar, en lo posible, una visión objetiva de la autoconstrucción, sin ignorar las condiciones de pobreza, pero al mismo tiempo del optimismo que se encuentra en estas áreas. Tal vez por esta misma razón, las fotografías e imágenes presentadas en el libro no son de buena calidad, pues, como afirma Ribbeck, su libro no es un libro de arte, sino que busca en sus fotos mostrar la expresión de la gente y la situación de sus viviendas. Sin embargo, aun para estos fines hubiera sido mejor contar con imágenes de alta calidad; pero, es difícil encontrar fotografías profesionales de arquitectura que se interesen por estos temas y no busquen únicamente fotografiar casas y edificios vistosos con fines mercadotécnicos que satisfacen la vanidad de los arquitectos de moda y cumplen con los requisitos de las revistas.

Con la misma brevedad con la que se toca el tema de la historia de la ciudad de

<sup>1</sup> Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, trad. de Andrea Morales, 14a ed., México, Siglo Veintiuno, 2003.

<sup>2</sup> Los autores no traducen la frase “colonias populares” dando por hecho que el lector de habla inglesa o alemana comprenda a qué se refiere. En general todo el libro tiene frases no traducidas como “la más noble y leal ciudad de México” o “programa de ordenación de la zona metropolitana del Valle de México” y otras tantas que personalmente me pregunto si el lector comprenderá.

México, los autores hablan en los incisos del capítulo tercero acerca de la situación actual, tanto política y social como urbana y geográfica de esta megalópolis, tocando incluso el tema del arte y la arquitectura de los años treinta y pasando por tópicos como el buen funcionamiento del sistema de transporte metropolitano y la zona altamente desarrollada de Santa Fe.

En el capítulo cuarto, "Wohnen in Mexico-Stadt" (Vivienda en la ciudad de México), se va introduciendo el tema en cuestión. De forma ascendente-descendente, y de manera muy general (pues olvidan que la cantidad de clases sociales en México es excesiva, por lo que hablar de cuatro tipologías resulta demasiado ambiguo), los autores describen cuatro tipos de vivienda en la ciudad: el área oeste de la ciudad, a la que consideran la mejor, económicamente hablando, para contrastarla con los conjuntos habitacionales de los años treinta destinados a las clases medias. Sucesivamente, las descripciones pasan a las clases menos favorecidas, como son las que habitan en vecindades, para terminar el capítulo con las zonas en cuestión: las colonias populares.

El capítulo "Definitionen und Typologie" (Definiciones y tipología) lo comienzan mencionando las condiciones en que se encuentran los habitantes de las zonas marginales de la ciudad y del crecimiento que ésta tuvo en los años setenta. Algo se rescata de este *boom* constructivo al observar los aspectos positivos que se descubrieron con la autoconstrucción. Apparently, la construcción "improvisada" o espontánea puede representar a la vez una solución prometedor y un problema estructural. Para hacer rescatable este tipo de edificación, hace falta un acercamiento tolerante, pero sobre todo cooperativo por parte de las autoridades; sin

embargo, no ha sido siempre así, la mayoría de las veces esta tolerancia se ha visto acompañada de proyectos que van desde la demolición y el reemplazamiento hasta el alza de impuestos.

Los autores dividen la autoconstrucción en tres tipologías básicas: vernacular (a la que identifican con un tipo de construcción híbrida, entre tradicional y moderna), invasiones (lo que conocemos como "paracaidistas" y que en este caso es una construcción provisional y construida en un par de horas) y parcelamientos irregulares (que ocupan un área extensa y la subdividen). Con los años, la autoconstrucción se ha formalizado, llegando a formar zonas grandes y estructuradas como Nezahualcóyotl, que hoy cuenta con una población de dos millones de habitantes aproximadamente (en su momento el asentamiento ilegal más grande del mundo!).

Más adelante, se describe el procedimiento actual para adquirir un lote y la forma en que se van estableciendo las colonias populares, su evolución. Se habla de los promotores o fraccionadores (personas que venden los lotes) y de los precios que, según la investigación, cuesta cada lote, así como la manera de obtenerlos. Como es sabido, la mayoría de las veces estos terrenos no tienen papeles que los validen, lo que ocasiona problemas con las autoridades o se duplican las ventas (un mismo lote es vendido más de una vez a diferentes personas). Sin embargo, la gente de tan escasos recursos no tiene otro modo de hacerse de una propiedad, por lo que el oportunismo de los vendedores no se hace esperar.

Con el tiempo, las colonias populares van creciendo y el gobierno, aunque lentamente, las va dotando de servicios e infraestructuras hasta que se van legalizando y consolidando formalmente acabando por

incorporarse a la gran metrópolis; de ahí que esta ciudad “no tenga fin” y los cerros se vayan consumiendo poco a poco; cada vez que se observa el Distrito Federal y sus alrededores desde un punto lejano, se nota la deforestación de los cerros que va cediendo paso a la autoconstrucción y formación de nuevas colonias que se integran ampliando la zona metropolitana hasta que se llegue a confundir con los estados vecinos.

En el capítulo “Siedlungsmuster” (Modelos de establecimiento), los autores comienzan a adentrarse en lo que será uno de los puntos básicos de su estudio: la retícula de las construcciones. Éstas se establecen frecuentemente a lo largo de una calle existente que automáticamente se vuelve la calle principal. Aun sin un plan urbano previo ni sofisticado, la retícula resulta robusta y flexible, comparada por los autores con un tablero de ajedrez: abierto y diverso. Las cuadras se conforman por entre treinta y sesenta lotes cuya área varía entre 150 y 200 m<sup>2</sup>. A partir de este capítulo, Ribbeck y Padilla comienzan a encontrar ventajas o por lo menos puntos favorables de la autoconstrucción: “La gran capacidad para integrar casas pequeñas y grandes, altas y bajas, pobres y ricas en una cuadra compacta, es una de las cualidades más notorias del urbanismo informal” (p. 108). A lo largo de esta calle principal, se distinguen pequeños negocios que las mismas familias abren en sus casas, convirtiendo aquélla en una plaza local donde se reúne y convive la gente.

En la página 113 se muestran una serie de isométricos con combinaciones resultantes de las formas de autoconstrucción, a modo de tablero de ajedrez y cuyo máximo aprovechamiento se debe a los patios que tienen todas las casas, concepto que encuentra sus orígenes en la América precolombina y aún en la época colonial. En contraste, esto se ha perdido ab-

solutamente en las clases altas de hoy: las casas de los ricos no sólo no hacen patios (pues la cultura actual indica que un patio es chico, sucio, no sirve más que para guardar las cubetas y puede traer reminiscencias de pobreza), sino que buscan cerrar los existentes techándolos con acrílicos para ampliar los espacios alrededor de éstos, aun si sacrifican luz y ventilación naturales.

Otra de las ventajas que encuentran los autores en la autoconstrucción es la ayuda que mutuamente se prestan los colonos. Todos cooperan con sus conocimientos o aptitudes y van construyéndose sus casas poco a poco, entre albañiles, electricistas, carpinteros, plomeros etcétera. Todos colaboran. Esta actividad recuerda la autoconstrucción de la que habla Hassan Fathy en su libro *Arquitectura para los pobres*,<sup>3</sup> donde las comunidades igualmente se prestan sus servicios al no tener dinero para contratar especialistas. Esto trae como consecuencia un rico intercambio de apoyo entre colonos. Es frecuente encontrar en las azoteas de estas casas las varillas salientes de las losas, como quien no ha terminado de construir, con la esperanza de algún día poder hacerlo, o simplemente porque saben que seguirán creciendo.

El esquema de estas viviendas es básicamente el mismo para todas: son retículas cuadradas de cuartos que se alinean en forma de I, L o C, dependiendo de las necesidades de cada familia y de su crecimiento y que pueden más tarde ser convertidas en formas de U u O según los requerimientos familiares. A veces los patios se van cerrando tanto con nuevas construcciones, que acaban por convertirse en meros corredores. Esta planea-

<sup>3</sup> Hassan Fathy, *Arquitectura para los pobres*, trad. de Ricardo Reyes, 2a ed., México, Extemporáneos, 1982, 266 pp.

ción no fue hecha a base de cálculos ni siguiendo el criterio de ningún arquitecto, sino sólo basada en la experiencia que, después de medio siglo, es ya confiable. La autoconstrucción funciona debido precisamente a que se realiza poco a poco cada casa de manera independiente de la colindante, lo que permite modificarla en cualquier momento, y que además cuenta con ciertos detalles curiosos, como los techos salientes arriba de las puertas que pueden ser usados como logias o decorados con plantas. La mayoría de estas casas cuentan con uno o dos niveles.

Sin embargo, precisamente por hacerse en partes esta construcción tiene la gran desventaja de, ser poco segura y no permitir condiciones salubres. Al no contarse con dinero para su término, la calidad de los materiales no puede garantizarse, los muros casi nunca tienen acabados y queda el tabique a la vista, lo que facilita el paso del viento y agua que provocan corrosión y humedad. Las casas son, pues, frágiles y de fácil deterioro, prácticamente casas nunca acabadas.

Los autores continúan describiendo las estructuras de las viviendas, sus posibilidades de crecimiento, sus interiores y los gustos de sus habitantes. Algo que llama su atención es cómo los cuartos de las plantas bajas que dan a las fachadas de estas casas son convertidos en negocios. Estos comercios mantienen a las familias, creando una especie de comunidad entre ellas. Entre los negocios más comunes se encuentran salones de belleza, barberías, tiendas de revelado, fondas, tiendas de música y videos, reparadoras de calzado, farmacias, etcétera.

No podía faltar en el análisis de estas comunidades, algo de nuestro país que llama mucho la atención de los extranjeros: la actitud de la gente, sus opiniones, su manera tan optimista de vivir a pesar de sus circuns-

tancias (casi inexplicable para alguien en cuyo país no existen este tipo de viviendas), y por supuesto el folklor, los colores, las formas de las casas, el *kitsch*.

Como dato curioso se presenta una similitud accidental entre las construcciones populares y el estilo de la Bauhaus. Accidental porque la gente de estas viviendas no tiene conocimiento de la arquitectura modernista de principios y mediados del siglo pasado; sin embargo, no es difícil entender esta situación atendiendo al origen de tales formas. El modernismo como estilo surge para las clases trabajadoras. La casa expandible de Gropius y la casa "dominó" de Le Corbusier son ejemplos de arquitectura habitacional con posibilidades de crecimiento, tal como se observa en la autoconstrucción, aunque los principios reguladores tengan un origen distinto. Resulta verdaderamente impresionante el parecido de algunas de estas fachadas con las funcionalistas europeas: los esquemas, las ventanas, la sencillez, etcétera. Es como la continuación en América de una arquitectura que no siempre funcionó en Europa.

Después de algunos capítulos más donde se tocan temas como infraestructura, renta, mercados sobre ruedas, futuro económico de las comunidades y otros, la tercera parte del libro (y la última) ocupa el tema de la investigación y los casos de estudio a los que se dedicó el equipo durante sus tres años de trabajo. Se seleccionaron cinco vecindades representativas, de las cuales existía ya cierta información: Jalapa, Lomas de San Agustín, Ciudad Nezahualcóyotl, Pro Hogar y Vallejo.

Los autores describen brevemente cada zona de estudio, mostrando ubicación y características del barrio en los años setenta y en la actualidad, y luego las comparan entre sí. En cada apartado presentan una serie de

gráficas, fotografías aéreas y lotificación que expone la diferencia entre las densidades actuales y las de años anteriores. Lo más interesante son los esquemas que resultan de las plantas arquitectónicas de las casas, esquemas que dibujan en isométricos y que pretenden demostrar la versatilidad y variedad de juegos que se pueden obtener de estas plantas.

El trabajo de este equipo consistió básicamente en obtener datos cuantificables que les facilitaran el estudio de las zonas, como la densidad de cada una de ellas, su modo de crecimiento y expansión, en qué tiempo ocurre, su tipología, etcétera. Trabajo sin duda laborioso y entretenido, cuyos resultados manifestaron en esquemas e isométricos, levantamientos de plantas que se aprecian, por ejemplo, en las páginas 308 y 309 y que en ocasiones resultaron interesantes formas, algunas veces de tipo *collage* o como tablero de ajedrez, entre otras. Pero no sólo eso: en el penúltimo capítulo, "Häuser" (Casas), los autores describen el interior de las casas, de las familias en las que se adentraron y con quienes mantuvieron amplias conversaciones; conocieron su entorno, trabajo, ocupación, familia, actividades, decoración, acabados, gustos, historia, ingresos, etcétera.

Después de este "censo" realizado en casi cincuenta y cinco viviendas, el libro concluye con el capítulo de breves líneas, "Projekte-Lernen vom spontanen Bauen?" (Proyectos. ¿Aprendiendo de la autoconstrucción?). Hasta los años ochenta la autoconstrucción estaba considerada como un error que debía ser prevenido o reemplazado en la medida de lo posible por proyectos planeados profesionalmente. Después de dos décadas de una aparente o relativa autoconstrucción poco entusiasta y fructífera, surge la pregunta: ¿Qué se puede aprender de la autoconstruc-

ción, la cual, a pesar de todos sus defectos, se encuentra en posición de proveer a millones de familias pobres de un pedazo de tierra y una casa construida por ellas mismas? (p. 342).

Ésta es una situación que se da en muchos países y a la que se ha terminado por aceptar e incluso integrar a las ciudades. Además, los esquemas resultantes de la autoconstrucción han devenido modelos a seguir, como en el caso de la autoproducción o los usos múltiples y la flexibilidad de las casas expandibles.

El libro, de casi 350 páginas, ocupa sólo un par de ellas para hablar del proyecto al que se llegó después de tres años de investigación. La descripción de los barrios resulta, al parecer, más llamativa para alguien que está poco acostumbrado a este tipo de viviendas que para quien vive en una ciudad tan mezclada como ésta, en la que la mayoría de las colonias cuenta con un área cercana de autoconstrucción y las fotos del libro le resultan totalmente familiares. Quizá este recorrido de ideas sueltas pudo haber presentado más esquemas o la manera en que se puede llegar a integrar este tipo de viviendas al resto de las ciudades. ¿Cuál sería el ejemplo concreto de la autoconstrucción, cuál su legado? Es claro que la gente que construye sus propias casas no necesitó de un arquitecto, pero eso no es nuevo, pues la profesión del arquitecto surge después de la construcción. Según palabras de Ribbeck, la intención del libro es ver a las colonias populares con una visión fresca, amplia, analizar el alcance de estas colonias a lo largo del tiempo y su riqueza tipológica. Como profesor de universidad, él encuentra práctico realizar ejercicios que ayuden a los alumnos a descubrir el potencial de la autoconstrucción que, por ejemplo, no tienen las casas del Infonavit, pues no



están pensadas por la gente que las habita, dejando escapar las muchas posibilidades de usos y combinaciones en las plantas arquitectónicas resultantes. Con el tema desarrollado, se despliega una impresionante gama de posibilidades para descubrir, en fenómenos como la autoconstrucción, un ejercicio de aprendizaje de enorme valía.

Los autores promueven, así, la enseñanza de la autoconstrucción a partir de un análisis intenso y una interpretación creativa. Con ella y su enorme riqueza tipológica, no sólo se pueden obtener respuestas a las críticas circunstancias en las que vive la gente de escasos recursos, sino que representan un

modelo de construcción urbana en general y una invitación a repensar la ciudad contemporánea conforme a parámetros de auto-organización. Los alumnos podrían no solamente dibujar y obtener formas virtuales, sino también hacer maquetas flexibles que muestren los esquemas tanto exteriores como interiores de las viviendas y los adiestren en el diseño de casas que permitan futuros cambios y ampliaciones, sin que ello implique una reestructuración costosa y poco práctica, capitalizando estas informaciones para utilizarlas en provecho de nuevos proyectos o de nuevas formas de proyectar que ayuden a entender la imagen urbana. ♣